

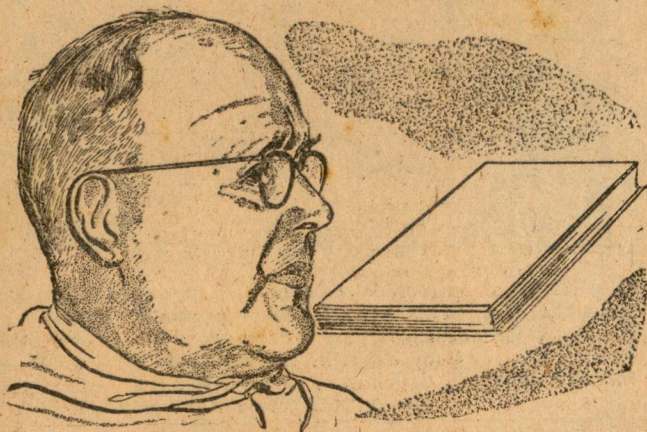
# Lebret ante los valores del espíritu

Por Sebastián SALAZAR BONDY

— I I —

El llamado movimiento obrero nació al conjuro de la explotación capitalista y, por ende, debe ser considerado "como la aspiración de hombres desgraciados a una vida verdaderamente humana". Esa insurgencia fue conquistada por las teorías y los partidos políticos que prometieron, de un modo u otro, el fin de los padecimientos proletarios. En su "Guía del Militante" el Padre Lebret analiza los aspectos positivos y negativos de cada una de esas doctrinas (marxismo, comunismo, nacional-socialismo, falso corporativismo, etc.), arribando a la conclusión, tras el examen objetivo y desapasionado de dichas tendencias, de la definición del deber cristiano ante las masas que piden justicia; más que anti-comunistas o anti-capitalistas, los cristianos deben ser "más allá" que éstos y aquéllos. La burguesía se ha encogido de temor frente al alzamiento beligerante de los desheredados de la sociedad contemporánea, inventando diques provisionales e ineficaces contra él (buenas elecciones, dictaduras, guerras, sobornos o reformas parciales y tímidas), pero el remedio es otro, pues la raíz del mal es un abuso, una explotación, una iniquidad.

Para la superación del conflicto ideológico contemporáneo el Padre Lebret propone la remisión de toda acción a ciertos principios inmutables: ante todo, el respeto a la persona, cuya libertad y dignidad son sagradas; luego, el respeto a la familia, a los ritmos normales de vida, a la religión (Dios es justicia), al trabajo (que no debe mecanizarse hasta un exceso liquidador y en el que la racionalización ha de liberar al hombre de la opresión económica), a la propiedad (cuyo desarrollo indefinido e infinitamente creciente y cuyo carácter absoluto son nocivos al bienestar colectivo), a la tradición, a la creación de amplias élites flexibles y permeables, a la solidaridad, al bien común contra todo interés de grupo, clase o casta, y a la ley, en la que debe esplender un haz de luz y razón para facilitar la coexistencia social. En fin, la apelación a instituciones y formas de vida cuya vigencia ha decaído por causa de una pérdida general



de la conciencia de los valores. "El régimen capitalista —proclama el Padre Lebret— ha universalizado la medida cuantitativa de los valores. Ha uniformado el valor desestimando los valores superiores. Ha hecho del dinero y de los bienes semejantes el valor supremo. Ha hecho un mundo al revés, un universo que sólo fuera números, que no tuviera necesidad más que de números, que careciera, en fin, de espíritu".

Por eso la "Guía del Militante" alude enfáticamente a la necesidad de restablecer los valores espirituales fundamentales: la verdad ("cuando se miente en la cumbre de la sociedad —dice—, pronto se miente en todos lados"), la belleza ("cuando el hombre se acostumbra a no tener belleza, cuando no se preocupa más por ella, ya está envilecido"), las humanidades, la libertad, el deber, la eficacia, la compasión, la justicia, etc., cuyas antinomias vivas son los múltiples flagelos sociales: el alcoholismo, la vida licenciosa, la subalimentación y la sobrealimentación —trágica desigualdad—, la existencia anti-higiénica, el mal alojamiento y la falta de esparcimiento, entre otros, engendros éstos de una política torpe y de una economía desordenada. ¿Quiénes son los responsables de tales males humanos? "Los dirigentes políticos ciegos o culpables por debilidad o impericia —responde el Padre Lebret—, sin hablar de los cristianos que no han tomado conciencia de la universalidad de su deber". De ahí que el notable sociólogo francés estudie exhaustivamente en el libro comentado los valores y antivalores de la política contemporánea, señalando la pauta para una nueva acción que recobre al movimiento obrero, justificadamente incorrecto y tantas veces malamente desviado, de las manos de los demagogos de izquierda y derecha. Para ello, apunta las diferencias entre el falso y el verdadero progreso, condena la neutralidad de los conformistas, enseña los perjuicios que para el bien común entrañan organizaciones, doctrinas y actitudes interesadas; opone democracia a demagogia, precisa el papel del hombre y la mujer en la tarea social, afirma la necesidad de la autoridad emanada de la mayoría, y pone de relieve la importancia esencial de la seguridad, el equilibrio y la paz.

De todo este discurso, el Padre Lebret desemboca en lo que atañe directamente a la economía, a la cual él quiere denominar, por el ánimo humanístico que la rige, **Economía Humana**. Así, en una sola expresión, se conjugan la doctrina pura y el ser para cuyo beneficio ella se elabora.